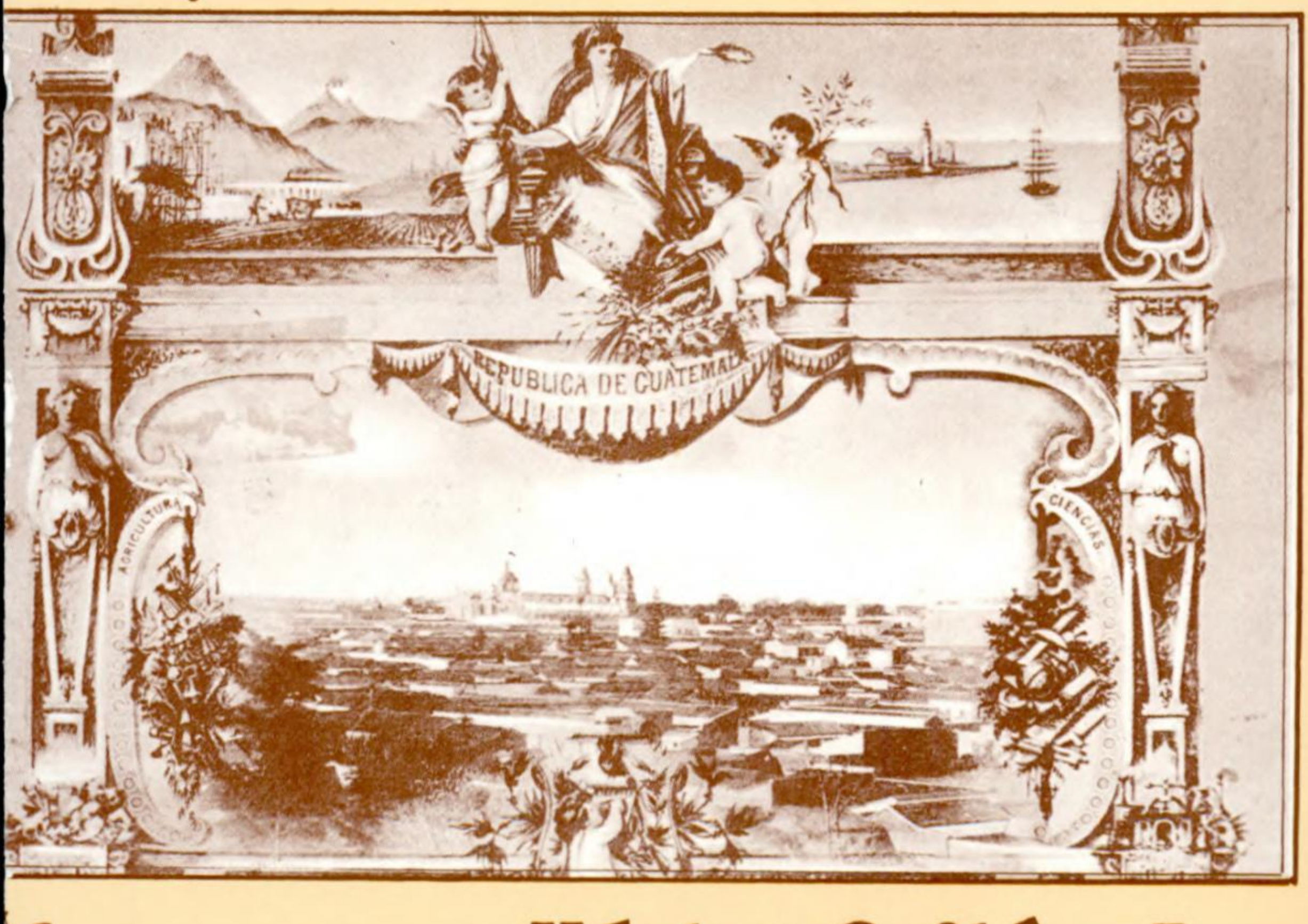
LA CALLE
donde tú vives



Héctor Gaitán .A

2 tomo

Segunda Edición

Copyrighted material

LA CALLE DONDE TU VIVES

Héctor Gaitán Alfaro

Portada y Contraportada
Montaje y Diagramación
por: Carlos E. Arriaza
de Litografías MODERNAS

Librería ARTEMIS & EDINTER
5a. Av 12-11, Zona 1

Impreso en los Talleres de Litografías MODERNAS
2a. Avenida 8-27, Zona 1 - Tel.

LAS MAÑAS DE LA NIA JUSTINA

El ambiente característico de octubre se sentía en toda su magnitud, la brisa fría hacía agonizar el "invierno" guatemalteco, que seguía siendo copioso. Las viejas calles desiertas únicamente aceptaban la humedad de la lluvia que formaba corrientes que iban lavando los adoquines brillosos.

" ¡En octubre la necesidad se descubre!"

El dicho popular parecía cobrar vida. A lo largo de El Callejón del Judío[1] iban las "mengalas" con sus cuadros a empeñarlos por unos cuantos pesos, mientras pasaba la crisis económica.

" ¡El mes de los cuadritos!"

Los usureros criollos se frotaban las manos al ver la invasión de necesitados que llegaban a dejar sus pertenencias; la mayoría de los que habían tomado la decisión del empeño, llevaban los cuadros o imágenes del santo de su devoción, la corte celestial y hasta el Espíritu Santo a manos del usurero, pero qué se podía hacer si no había trabajo, y la bendita agua no dejaba ni salir a la calle.

Con un rebozo cruzado estaba en la puerta de su negocio la famosa "nía" Justina. Contaban las malas lenguas que desde que se había trasladado a la Avenida de San José[2] todo había cambiado para ella. La Justina, como le llamaban las de más confianza; eran las primeras en llegar a empeñar sus cuadritos.

—Ni vos, ni yo, que sean cinco pesos por el San Antonio de bulto, y dos por el cuadrito de San Judas Tadeo.

—No seas ingrata, Justina, acordate que el año pasado me diste diez pesos por el empeño de los dos, tené en cuenta que arrieros somos y en el camino andamos.

—Sólo por tal de que no empecés con babosadas, te voy a dar ocho pesos por todo, y agradéceme el favor, porque entre más pasan los días, menos se consigue el "pisto".

---

1 Callejón del Judío. Actual 4a. calle de la zona 1.

2 Avenida de San José. Actualmente 13 avenida de la zona 1.

This One
G3CH-CXQ-2HF7
Copyrighted material

liendo Enriquito del quicio de una puerta vieja, desde donde controlaba a la madre de la mujer que amaba.

En la Catedral sonaron las once en punto, Irene besó fuertemente a Enriquito y éste salió más corriendo que andando de la casa de su novia; sólo el taconeo de sus zapatos de charol negro se escuchaban en la acera. Para evitar que el viento le jugara una mala pasada con una bronquitis, se cruzó la bufanda de lana, tapándose la nariz y parte del pecho. Los pequeños remolinos se formaban a media calle levantando papeles y algunas basuras. De pronto se había desatado un viento fuerte, y una llovizna recia se avecinaba; cuando llegó a la Calle de la Merced[4] ya iba empapado hasta los huesos, la lluvia caía sobre la pequeña ciudad a torrentes, pero nada importaba porque faltaba poco para llegar a su casa, secarse, tomarse una buena taza de café caliente con un poco de cogñac y a dormir como un lirón escuchando como llueve afuera.

Al llegar a la esquina del templo mercedario vio claramente que un enorme animal salía de un recodo de la pila de la Merced[5]. Cuando pudo verlo más de cerca, contemplo un chompipe[6] más grande de lo normal; aquel pavo grande corrió tan rápido que en un momento ya estaba delante del muchacho. Extendió sus alas como abanico, en plan de pelea, y cuando el niño Enriquito quiso dar un paso, el mentado Chompipe no lo dejó; le lanzó un puntapié que el inteligente animal esquivó saltando de un lado a otro. El otro salto que dio el animal fue para darle un piquetazo al muchacho, que le hizo sangrar la cara; aquello parecía un navajazo. La lluvia seguía cayendo ahora más fuerte.

—Maldito Chompipe, o ser sobrenatural; seas lo que seas, por la sangre de Cristo, déjame en paz...

---

4 Calle de la Merced. Actual 5a. calle de la zona 1, de la 7a. a la 12 avenida.

5 Pila de la Merced. Pilita colonial que existió al costado del templo mercedario a la altura de donde hoy se localiza el hospital de la Policía Nacional, sobre la 11 Av. de la zona 1.

6 Chompipe. Nombre que los guatemaltecos dan al pavo silvestre o común.

Copyrighted material

2

LA LEYENDA DEL NIÑO CHON

Las campanas del templo de la Recolección sonaban tan fuertes aquella tarde de domingo, que no dejaron en paz unos minutos -bastante largos- a los vecinos del barrio.

"Pipo", el campanero de la Catedral, también respondió con la "Chepona" y aquel duelo de repiques puso en pie a todo el mundo...

—Qué pasará...?

Todos inquirían con el vecino de al lado, pero nadie se daba cuenta que aquel domingo era día de bautizos en el Sagrario. A los pocos minutos pasaban algunos grupos llevando a los futuros cristianos a la pila bautismal, con sus respectivos padrinos; todos lucían sus mejores galas...

"Se echaron el cofre encima..." comentó alguien que tranquilamente miraba pasar a los grupos que procedentes de los pequeños callejones iban rumbo al Sagrario. Unos en carruaje, a los que bien les iba pues habían escogido un compadre con posibilidades, y los que menos, a pie cargando al patojo por esas calles de Dios. Entre los de un landó que venía bajando por la calle del Incienso[1], sonreía muy ufano don Mercedes Galindo Marticorena (siempre que decía su nombre lo hacía con una sonoridad majestuosa). Don "Meches", como cariñosamente le llamaban los del vecindario, tuvo la suerte de que su futuro compadre, don Encarnación Batres y Molina, como solía ponerse, llevara a su patojo a la pila bautismal para convertirse en padrino del mismo.

Todos miraban de soslayo a don Meches; qué suerte tenía que alguien de buen nombre le llevara al muchachito... "Y saber qué regalos el va a hacer al patojo" -comentaban en voz baja-; otros más sinceros decían: "El que a buen palo se arrima, buena sombra le cobija '.

Desde el landó, que ahora iba llegando a la plaza de armas, don Meches adivinaba todo de lo que él se iba comentando.

---

1 Calle del Incienso. Actual 6a. calle de la zona 1.

Copyrighted material

LA CALLE DONDE TU VIVES

Héctor Gaitán

La esposa de don Meches siempre mantuvo aquel secreto, y se limitaba a cuidar al pequeño con esmero; su alimentación era cuidadosamente seleccionada a pesar de la pobreza en que vivían con el fin de que su salud no se resintiera en lo más mínimo. Los esfuerzos que hacían eran recompensados con las risas del niño y sus gracias, las palabras que él quería repetir y no lograba decir, en fin todas esas pequeñas cosas de los niños que hacen la felicidad de los pobres.

Cuando el niño cumplió los cinco años, la predicción de la anciana del Callejón de la Cruz ya casi se había olvidado por la madre, y el olvido se acentuaba más al ver la vitalidad del muchacho, quien corría de un lado a otro y hasta se había convertido en el dolor de cabeza del vecindario... El niño Chon daba cuenta de macetas, flores, ropa tendida y demás cosas, que en el amplio patio existían. Cuando el niño pasaba parecía un huracán y las quejas y regaños proliferaban en el humilde cuarto de don Mercedes Galindo Marticorena.

Un día de tantos llegó don Meches con la nueva de que el padrino de Chon se lo llevaría a pasar unos días a la casa de su madrina. La madre dejó lo que estaba haciendo y al momento soltó un plato que lavaba; el sonido del peltre en el suelo despertó al niño que dormía su siesta; ella pensó rápidamente en la predicción de la anciana del callejón.

Cuando llegó el landó de "Schuman" a recoger al niño Chon para llevarlo a la casa de su padrino a pasar unos días, los que más se alegraron y respiraron profundo fueron los sufridos vecinos.

Chon iba feliz, lanzaba besos a sus vecinos y a su madrecita; le acompañaba don Meches, su padre, que no podía disimular la tristeza por la separación del patojo, y fingiendo sonreír, sufría por dentro. El landó ya iba pasando frente a la entrada de la Escuela Politécnica[4], y el niño Chon retozaba feliz saludando a los cadetes. Las niñas solteronas de la tercera calle también

---

4 Escuela Politécnica. Ocupaba la vecindad del Templo de la Recolección, hasta la 1a. Av., zona 1; la entrada principal estaba por el lado de la 3a. calle.

Copyrighted material

LA CALLE DONDE TU VIVES

Héctor Gaitán

El pobre de don Encarnación y su ahijado salieron más corriendo que andando de la humilde vivienda del Barrio de la Candelaria[5]. Don Chon no paró hasta que llegó a la plazoleta del Teatro Colón[6]; vio al niño con el rabillo del ojo y el inocente estaba profundamente dormido. La tarde había caído. El señor con el niño en brazos subía a un carruaje que les llevaría a su residencia. En la Calle del Teatro[7] la música de un organillo se dejaba escuchar mientras el viejo carruaje se iba perdiendo cuesta arriba por la Calle de Mercaderes[8]

Chon ya no era el niño mimado y consentido de sus padrinos; había llegado a la edad de 18 años y lejanos estaban aquellos tiempos cuando todos celebraban sus gracias y ocurrencias. Don Encarnación había muerto diez años atrás; don Meches también le había seguido, y un año antes, su madrina y la autora de sus días.

Chon se había convertido en el tipo de hombre que hace de todo un poco para sobrevivir, y la mayor parte del tiempo la pasaba entre carpas y teatros ambulantes "adivinando la suerte".

Un día de tantos llegaron a Guatemala unos extranjeros y viendo el trabajo que ejecutaba el niño Chon como clarividente se lo llevaron y nunca más se supo de él. Unicamente ha quedado su leyenda, que aún se sigue contando en los barrios de la capital guatemalteca.

---

5 Barrio de la Candelaria. Uno de los más antiguos de la capital, tenía como punto dominante su templo que se ubica en la actualidad, en la 13 Av. y 1a. calle de la línea que divide a la zona 1 y la zona 2.

6 Plazoleta del Teatro Colón. Ubicada donde hoy se encuentra situado el Parque Infantil Colón, 12 Av. entre 8a. y 9a. calle zona 1.

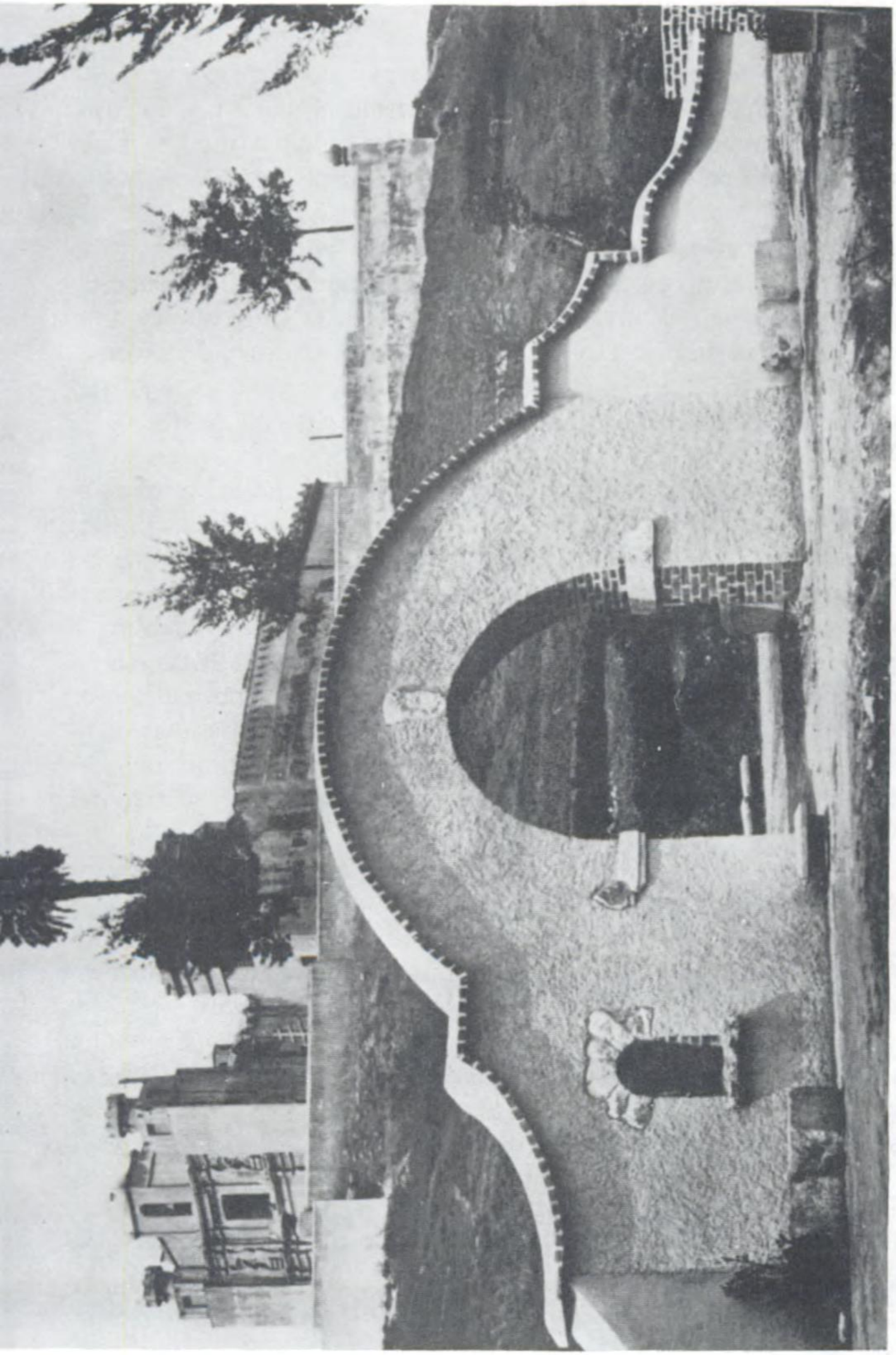
7 Calle del Teatro. Actual 11 Av. de la zona 1, comprendida de la 10a. calle a la 7a. calle.

8 Calle de Mercaderes. Actual 8a. calle de la zona 1, comprendida de la 7a. a la 11 avenida.

Copyrighted material

LA CALLE DONDE TU VIVES

Héctor Gaitán



Vista del Cerrito del Carmen y frontispicio del templo, hacia el año 1935.

Copyrighted material

4

EL EXTRAÑO CASO DE SERAFIN SANTIAGO

Siempre se le miraba rumbo a misa los domingos y fiestas de guardar a don Serafín Santiago y Quevedo, hombre cuarentón; conservador hasta la médula y consecuentemente circunspecto y de maneras muy refinadas en su rítmico andar, su figura era identificable desde algunas cuadras a lo lejos, siempre caminando muy recto, con el bastón en la diestra, camisa de pechera sin arrugas y bien almidonada.

Nunca alquilaba carruaje porque vivía a inmediaciones de la Merced, y su cercanía le hacía caminar las pocas cuadras que distaban del templo mercedario. En cualquier acontecimiento religioso, allí estaba el hombre con su figura inimitable, con su gesto aristocrático y su eterno traje gris.

La Guatemala de principios de siglo era tan pequeña, es decir su capital, que sus personajes más relevantes y sus personas comunes y corrientes se saludaban de una acera a otra; casi todos se conocían, y ya no digamos los conglomerados de los llamados barrios céntricos.

Don Serafín era uno de aquellos personajes que según los "decires", había nacido en "buena cuna", pero poco a poco se fue quedando sin fortuna; en sus años mozos había recorrido Europa, se había dado la gran vida, y ahora pues se decía que vivía a expensas de unos tíos ricos, propietarios de fincas colindantes con la capital...

No faltaba a las tertulias de sociedad, y alguna que otra cuarentona suspiraba por el flaco caballero, que según él manifestaba, jamás daría el "sí" a una mujer para que lo sojuzgara por el resto de su vida.

Durante la Semana Santa del año de 1905, fue uno de los que más colaboró en la organización de procesiones y demás actos litúrgicos, al extremo que ya en altas horas de la noche partía rumbo a su casa a descansar; luego muy temprano se le miraba nuevamente dando su paseo matinal por la Plaza de Armas.

El sol cuaresmal quemaba muy temprano y don Serafín Santiago se dirigía rumbo a la Merced, caminando como siempre

Copyrighted material

el último sacerdote.

Un acólito le fue a despertar... Lo movía fuertemente y le habló con un poco de pena, ya que don Serafín era muy conocido en el ambiente y sabía positivamente que no estaba borracho. Quizás se había quedado dormido pero ya estaba entrada la noche y era hora de cerrar el templo.

—Don Serafín, por favor; despierte. ¿Se siente mal? Quiere que llame un carruaje, lo hago con mucho gusto.

Don Serafín se fue incorporando poco a poco, se desperezó ante la mirada incrédula del acólito.

—Pero, no me vayas a decir que me he quedado dormido. ¿Qué horas son ya?

—Creo que faltan diez para las ocho de la noche. Yo lo vi dormir toda la tarde, pero la verdad que me dio pena despertarlo.

—Toda la tarde, decís.

—Sí, toda la tarde, porque según me dijo el otro sacristán, usted llegó desde la mañana. Es más, los patojos que vienen a recibir doctrina lo oyeron roncar y hasta burla le hacían.

Con la coquetería característica en don Serafín, éste se acicaló brevemente y emprendió camino rumbo a la puerta principal del templo mercedario en compañía del joven acólito; ya casi llegaban a la entrada cuando la voz conocida del padre superior les llamó desde la nave central del templo.

—Serafín, no salgáis por ahí, que esa puerta ya está cerrada, es mejor que lo hagáis por el portón lateral.

El padre superior giró en redondo, y se disponía a entrar por la sacristía cuando don Serafín le habló:

—Pero, ¿usted ya no se fue del templo?

—No, hubo una contraorden, y aquí me tenéis quizás para eterna memoria en este sagrado recinto.

—Pero, ¿y la misa cantada y todos los sacerdotes que yo vi salir de la bóveda?

El padre superior soltó una carcajada que resonó en todo el templo. Lo que don Serafín le narraba con lujo de detalles motivaba la risa en el obeso sacerdote español, que a cada risotada se sostenía su abultado vientre.

Copyrighted material

que cuando yo salga de aquí ya no voy a chupar porque eso es malo, verdad vos". Y se rió burlonamente. "Y por qué, don Beto?". le pregunté. "Fijate vos -me dijo-, me tomo el primer trago muy contento, me tomo el segundo mejor; pero al tercero empiezo a calentarme y al cuarto luego me entran ganas de meterle el cuchillo a un cristiano. ¿Verdad que no está bueno eso, vos?".

A la vuelta de los años he venido a conceptuar aquella declaración que me hizo "Tata dios" en la penitenciaría como su ficha psicológica. Es el producto del alcoholismo la criminalidad que sentía cuando ya estaba ebrio. Yo en otra ocasión escribí algo sobre el alcoholismo, y pintaba a "Tata dios" como el criminal nato, producto del alcohol. Era verdugo; era él llamado a azotar a los presos y torturarlos. Una vez había vapuleado a un pobre preso y al otro día pasó por la bartolina donde el otro infeliz estaba tomando el sol, y tiene el cinismo de decirle -eso lo presencié yo-: "Ydiay, vos, qué te pasó? Hay te dejo unos tus cigarros".

Una frescura, un sadismo desconcertante y frío. Hace poco tiempo falleció, violando aquel proverbio que dice: "El que a hierro mata a hierro muere". Eso no es cierto porque "Tata dios", o sea Roberto Isaac, murió tranquilamente en su cama, víctima de. un síncope cardíaco. En mi libro "Ombres contra Hombres" hay una semblanza lo más cerca de la realidad posible del inolvidable delincuente conocido en los ámbitos de Guatemala como "Tata Dios".

—Don Efraín, aproximadamente y durante su cautiverio, ¿cuántos fusilamientos presenció usted en el interior de la Penitenciaría Central?

—Vuelvo a remover ese rincón de los recuerdos, esto es lo más amargo quizás. Haciendo un recuerdo mental, yo presencié en la Penitenciaría once fusilamientos. Hay uno inolvidable. Yo estaba en el hospital en unión de un carpintero naval que estaba preso. Un día lo fue a ver el auditor de guerra, que en aquel tiempo era el licenciado Guillermo Cabrera Martínez; no supimos lo que le fue a preguntar, pero al otro día bajaron a este preso

Copyrighted material

llevaban al dictador para demostrarle que se habían cumplido sus órdenes, es decir, que se había aplicado la "ley fuga". En la mano que ilustra la portada del tomo primero de mi libro, el cadáver que aparece allí dibujado pertenecía al recordado amigo José Luis Sánchez Batren, fusilado, aplicándole la "ley fuga" en los barrancos del campo de Marte el 3 de septiembre de 1943.

—Don Efraín, a los 28 años de distancia, ¿cómo analiza usted el régimen del general don Jorge Ubico?

—El general Ubico fue mi amigo en un principio; después se convirtió en mi enemigo porque tuve la osadía o el atrevimiento de irle a decir que un plebiscito que se iba a realizar en junio del año de 1935 era inconstitucional. No sé como no me sacó de su despacho. Al poco tiempo me mandó preso. Como una cosa muy natural yo debiera de maldecir a aquel hombre, pero viendo las cosas como se han ido desenvolviendo con el tiempo, yo, su enemigo calificado, he dicho muchas veces que si aquel hombre estuviera sentado en la parte sur-occidental del palacio nacional, las cosas no marcharían tan cojas como actualmente marchan.

Aquel hombre era disciplinado, quería a Guatemala a su manera. Todo el mal que me hizo se lo he perdonado, y mis palabras encomiásticas para su labor por la cosa pública perduran a través del tiempo y la distancia, y reconozco a pesar de todo que es el mejor administrador que ha tenido Guatemala.

Don Efraín se puso de acuerdo con el pequeño aparato electrónico que hemos llevado para grabar su voz, porque al momento de finalizar la entrevista, la cinta también cede al micro carrete.

Nos despedimos con un hasta pronto y con una charla histórica que ha de perdurar en el recuerdo.

Copyrighted material

texto que quiero...

Don Julián contó los billetes uno a uno, inmediatamente giró sobre sus talones y caminó rumbo a un viejo almanaque que, clavado en la pared, en su parte superior mostraba una pintura taurina donde "Chicuelo" inmortalizaba a "Dentista", el toro que le dio fama en México.

El anciano consultó las hojas del almanaque, y mentalmente hizo cuentas para entregar el trabajo... Algo iba a decir don Julián pero ya el joven no estaba. Con paso lento salió a la puerta del estudio pero ni señas del apuesto caballero. Entró don Julián y contó otra vez los billetes; el sobre lo dejó allí para iniciar el trabajo al otro día.

La mano reseca y polvorienta del viejo artista limpió una y otra vez la superficie del mármol que iba a trabajar; con mucha lentitud principió dibujando el motivo que esculpiría, luego abajo, la rotulación del nombre de la persona:

RAFAELA LAURO V. DE CASTELLAR

El dolor reumático hizo que el viejo artista descansara un poco en la silla de pino que estaba junto al mostrador; con la colilla del cigarro que agonizaba encendió el otro y se quedó viendo un punto fijo como pensando en tantos problemas. Don Tomasón, viejo cochero del callejón, le sacó de sus cavilaciones; llegó a quitarle el tiempo, a platicarle un montón de tantas cosas sin interés, y así se pasaron las horas.

El día se pasó como agua y nuevamente el pito de las cinco de la tarde en la estación de los ferrocarriles avisaba que un día de labores había terminado, y que al mismo tiempo empezaban las horas de descanso.

El antiguo callejón se fue quedando solitario. Sólo la violineta de algún achimero dejaba escuchar sus "ayes" melancólicos y románticos desde algún cuartucho de la vecindad.

—Este fregado como que al fin aprendió la mentada Amapola, porque ahora tan bien que la saca— comentó entre dientes don Julián.

—Hasta mañana, don Julián, que Dios le acompañe.

—Gracias, gracias muchacho— contestó a uno de los lustradores que iba a lavarse las manos al tanque.

Copyrighted material

mosa en la vida artística de don Julián; desde que se conocía como el famoso don Julián del Callejón de los fotógrafos, en el viejo Calvario de la 18 calle.

Inmediatamente don Julián se puso manos a la obra, colocó la pulida superficie sobre el caballete y sacó los datos del sobre para leerlos. Extrajo sus cinceles de una gaveta empolvada y cuando alzaba la vista descubrió que el bolso de la dama había quedado olvidado sobre una esquina del mostrador; lo iba a tomar para ponerlo en lugar más seguro cuando intempestivamente hizo su aparición la dama de negro.

—Perdone, ¿no dejé mi bolso por aquí?

Don Julián ya lo tenía en la mano, y con un ademán lento se lo entregó sacudiéndolo previamente para quitarle los residuos de polvo blanco.

—Aquí lo tiene usted; de haberlo dejado en otro sitio, no lo hubiera encontrado. Aprovechando que usted ha regresado, quiero que verifiquemos los datos que me dejó, los cuales ni siquiera he leído, pero como ya me han pasado tantas cosas mejor los revisamos para no cometer errores.

La dama se puso sus anteojos, y don Julián por poco se desmaya, al ver el nombre que había en el papel:

Nombre: RAFAELA LAURO V. DE CASTELLAR

Falleció: MAYO 5 DE 1937.

Don Julián recordó inmediatamente quién era aquella dama, fue la misma que en la puerta de la casona de la 14 calle le dijo que no podía hablar con doña Rafaela, porque en esos momentos la confesaba un sacerdote; la misma persona que le tuvo intrigado desde que un apuesto muchacho llegó a encargar una lápida que llevaba su nombre con una fecha que aún no había sido tachada en el almanaque. Sacando fuerzas de flaqueza, don Julián encaró a la mujer enlutada y le dijo:

—Ya me acordé quién es usted.

—Yo también me acordé quién es usted y donde lo vi...

La dama le respondió en forma rápida al anciano, ella también recordó el cambio de palabras que tuvieron en la puerta de la casa meses antes.

—Sáqueme de una duda -suplicó la dama-, ¿qué hacía usted

Copyrighted material

ta que lustraba hincada el piso del corredor. Los pasos de la señora se perdieron rumbo al interior de la residencia. La pobre Tomasa quiso decir algo pero se quedó con la palabra en la boca; a los pocos momentos regresó la señora y entonces aprovechó para hacerlo.

—Doña Gina, yo quisiera pedirle un favor...

La circunspecta dama la vio desde la altura y rápidamente le dijo:

—¿Y de qué se trata el favor, mija?

La Tomasa sin darle la cara y siguiendo con su atareada empresa le manifestó su deseo de visitar a sus familiares de Villa Nueva pues hacía mucho tiempo que no les visitaba.

La dama se le quedó viendo con rabia disimulada, pero usando la diplomacia tenía que acceder a la petición, porque de lo contrario se quedaría sin sirvienta.

—Bueno, ya que así lo querés, y como algo muy especial por el cariño que te tengo, tendrás el permiso, pero que conste, sólo por esta vez, ya que no has cumplido los quince días.

Sin alzar la vista Tomasa le agradeció el "favor" y siguió sacando el brillo al piso blanco y negro que desde la entrada parecía un enorme tablero de ajedrez. Era como si la Tomasa jugara una partida que ganaría con todas las de ley.

Finalmente llegó el ansiado sábado para la Tomasa. Después de dejar todo el trabajo al día, preparó sus cosas y se despidió de la "doña" prometiéndole volver al día siguiente, domingo por la tarde. La señora no se quitó de la ventana hasta que la Tomasa cruzó la esquina. Con la mano cerró nuevamente el cortinaje verde y apretó el puño en señal de cólera, que había reprimido hasta los momentos antes que la Tomasa se marchara.

Por la noche se reunieron algunos parientes de doña Gina en la residencia de la Calle de los Tres Puentes, ella les atendió como pudo, y como siempre lo acostumbraba antes de finalizar la reunión, se vanagloriaba de poseer en su colección particular los mejores servicios de china auténtica que su difunto esposo en sus viajes por el Lejano Oriente le había comprado.

Por poco le da infarto del susto. En la sala especial que tenía para guardar ordenadamente los preciados servicios, recuerdo

Copyrighted material

sobre la 7a. Av. y que se llamaba "Monte Líbano". Hacia allí encaminamos nuestros pasos y en ese lugar continuamos charlando hasta como las diez y media de la noche. Cerraron el restoran y tuvimos que salir; no estábamos borrachos como vos te podrás imaginar, más bien, te repito, habíamos estado besando dos litros de cerveza en todo el rato y habíamos pedido de comer unos franceses con carne guisada, que por cierto allí los hacían deliciosos. Pues bueno, para no hacértelo muy largo, cuando salimos del mencionado sitio nos extrañamos que las luces del Palacio estaban casi todas apagadas y en la calle imperaba un silencio casi sepulcral; dos o tres taxis habían frente al Portal, y ni siquiera la presencia de un policía en la vía pública...

"Vos Meme -le dije a mi amigo-, qué feo está el cuento, ya te fijaste que no hay ni un solo policía y las luces están casi todas apagadas".

Manuel no dijo una sola palabra, sacó un cigarrillo, se lo llevó a los labios y principió a fumar nerviosamente. A mí me daba la impresión que mi amigo algo sabía, pero a pesar de la amistad que nos unía desde patojos no quiso soltar prenda. Al llegar a la esquina de la 7a. Av. y 11 calle doblamos hacia el oriente; yo me quedaría por la Iglesia de Santo Domingo y Manuel continuaría rumbo al sur por la doce avenida; la charla continuó y a los pocos momentos se quedó pensativo y me dijo muy sentenciosamente: "Mirá seco, yo te tengo mucha estimación y te voy a recomendar que te acostés temprano y no salgás de tu casa por nada del mundo. La situación está muy delicada; yo no quería decirte nada pero realmente me inspirás confianza".

A todo esto, cuando vi mi reloj ya eran casi las doce y cuarto; no habíamos sentido el tiempo platicando en la esquina de mi casa. En ese tiempo vivía en la 12 avenida y 12 calle, de lo que hoy es zona 1. Nos despedimos después de unas breves palabras que no he olvidado, ni creo que olvidaré mientras viva; me dijo:

"Flaco, por favor, no le digás nada de esto a mi madre porque se aflige mucho; decile cualquier cosa para que no se apene, y vos muy pronto vas a tener noticias de este tu amigo".

Me dio una palmadita en el hombro derecho y se marchó,

Copyrighted material

rrillo. Un patojo flaco y de rostro macilento le ofreció un lustre pero el tiempo no estaba para esos lujos.

—Aunque sea una limpiadita, don Rufino— suplicó el niño al policía que seguía meditando, sumido en un mundo extraño que sólo él conocía. Quizás pensaba en sus seres queridos que en un día lejano se fueron para no volver jamás. Pero lejos estaban para poder colocarles una corona, o por lo menos visitar el sitio donde estaban sepultados. Pasaban por su mente todos aquellos recuerdos de su niñez, el tiempo feliz que había pasado como un sueño.

El policía Rufino Grijalva era oriundo de un pueblecito cercano a la frontera de México, ubicado en el departamento de San Marcos y desde que había salido del servicio militar prestaba sus servicios en la policía nacional de Guatemala. Desde ese tiempo, que eran diez años, no había podido volver a su pueblo, siendo la última vez cuando sepultaron a su madre.

Rufino lanzó la colilla del cigarrillo tan lejos que ésta se fue directamente al tragante. Estaba tan distraído que se le quedó viendo hasta que naufragó en el pequeño remolino de aguas negras.

La lluvia había cesado un poco y el policía dispuso dar una vuelta por el interior del Cementerio. Allí se fue perdiendo entre los mausoleos deletreando los rótulos de las lápidas. Dejó la hilera de mausoleos y escaló una pequeña colina para ver un monumento que le llamó la atención. Era una lápida con un relieve alusivo al personaje que allí estaba sepultado, Jacinto Rodríguez Días; Rufino inmediatamente recordó las hazañas de aquel héroe de la aviación, que una mañana trágica rindió tributo a la tierra.

La llovizna arreció nuevamente y había que guarecerse en sitio seguro. Algunas personas se refugiaron en la amplia bóveda, donde en sitio especial se eleva majestuosa la tumba del caudillo unionista general Justo Rufino Barrios.

El policía se buscó en los bolsillos el paquete de cigarros y cuando los localizó extrajo uno para encenderlo; ni bien se lo había colocado en los labios cuando una mano amiga con un fosforito encendido le ofreció lumbre. Rufino aceptó la llama y

Copyrighted material

las tierras de mis padres; allá por los planes de Marajuma, cerca de San Agustín Acasaguastlán; en aquel tiempo tenía la suerte de tener viva a mi santa madre y sabía cabalmente que ella me esperaría en el fresco ranchón del empedrado camino.

Cuando el tren me dejó en la estación del Progreso, eran como las once y media de la mañana y bajo aquel sol que quemaba hasta los huesos emprendí mi camino. Ya había caminado como media hora, cuando encontré a unos campesinos que más corriendo que andando bajaban de una montañita. Yo los saludé y casi no me contestaron el saludo; solamente se tocaron el ala del sombrero. Me quedé parado al ver la actitud de los amigos y pensé que algo malo les había sucedido; casi a gritos les pregunté:

—Señores, ¿qué les ha pasado?, ¿puedo ayudarles en algo?

El más viejo de los hombres, que ya se adelantaba, regesó y con una cara de susto que no se me ha olvidado, me contestó:

"No sea papo, regrese porque el diablo de la montañita le va a salir al paso y se lo puede ganar. Siempre sale a esta hora; todavía es tiempo que se regrese con nosotros, para que después no se arrepienta..."

El hombre no esperó respuesta y dando media vuelta regresó con sus compañeros, que ya se habían adelantado un poco más; pero, ¿cómo es posible?, me preguntaba, que un espanto le salga a uno al medio día y con un sol que no deja rincón sin alumbrar. Seguí mi camino, llegué a la montañita y a Dios gracias no encontré a ningún mal espíritu; bajé por un recodo del camino y tomé el estrecho camino de herradura para caer al camino ancho, que me llevaría al rancho de mi madre. Finalmente llegué; la alegría de mis familiares fue grande al verme y después del almuerzo me dejaron descansar un poco, para quedarme dormido. No sé cuanto tiempo pasó, hasta que mi madre me despertó moviéndome con cuidado. Había oscurecido; calculé que eran las 7 de la noche más o menos. Le conté a ella lo que los campesinos me habían dicho en el camino y las cosas del espanto de la montañita. Mi madre se santiguó y me dijo que sí era cierto, que en muchas casas cercanas se contaban cosas del espanto de la montañita, que ya se había ganado a varios hombres, y que

Copyrighted material

a ver cómo por las ventanas pasaban los grandes azafates de finos licores en el interior de la Casa Presidencial, sin poder aspirar a alternar con las altas personalidades que adentro daban los parabienes al mandatario. Creo que esto siempre ha sucedido, pero en aquella época era en forma más descarnada".

En fin, para realizar este pequeño reportaje hemos tomado opiniones diversas para dejar un testimonio en este libro **La calle donde tú vives** de una época que ya es historia y que es recordada a la manera de cada quien y conforme se lo demande su manera pensante. Quedan, pues, las gráficas que elocuentemente hablan de ese pasado y los vestigios ruinosos en un campo abandonado en la parte sur del parque la "Aurora", donde ni por ilusión los niños y jóvenes que por allí disfrutan su fin de semana, se imaginan que hace menos de 50 años se edificó un homenaje al cumpleaños de un gobernante, una de las ferias de más fama que ha tenido el pueblo de Guatemala.

Copyrighted material

población y los gritos de algarabía de unas horas antes se convirtieron en lamentos. Y, así como Camposeco, también el "Chivo Andrade", otro de los grandes de occidente, que paseó la fama del fútbol guatemalteco en sus botines, murió en forma trágica. Y esas calles de Xela, no sólo han llorado a deportistas, ilustres estadistas como Estrada Cabrera, nacidos allá en la metrópoli altense, quienes fueron homenajeados por ese noble pueblo que sabe amar a los suyos. El féretro del ex-presidente que murió prácticamente en cautiverio, al ser llevado a Quetzaltenango fue arrebatado por la multitud y llevado en hombros por esas calles que le vieron correr de niño. Allá en el cementerio general de Quetzaltenango, en una modesta tumba que tiene la forma de un Templo de Minerva, descansan los restos de quien fue presidente de Guatemala por espacio de 22 años cabales; su nombre: Manuel Estrada Cabrera.

¿Pero qué quiere decir Quetzaltenango?, me preguntó un patojo de allá por mi barrio, como si en realidad yo lo supiera todo. Recordé de inmediato algo que me habían contado los sabios maestros de mis días de escuela. Y más o menos contesté al niño a su pregunta: La palabra Quetzaltenango procede de la lengua mejicana: Quetzaltenan-co, "Quezalli" significa plumas de Pharomacus moccino (de la llave); "Tematl", quiere decir: Muralla de Piedra y "co", terminación; es lugar amurallado o fortificado de los Quetzales. La terminación "tenanco", es genérica. El nombre quiché "Xelajú", (Xe-laxuh) significa "bajo los diez", motivo que explica que esta ciudad estuvo en tiempos muy lejanos dividida en diez cantones o barrios.

La ciudad altense también ha tenido sus episodios históricos, como aquel cuando se constituyó en capital del Estado de los Altos. Dicho estado estaba formado por los departamentos de Sololá y Totonicapán. Y el presidente vitalicio de Guatemala dejó su huella en Quetzaltenango borrando radicalmente aquel proceso con los trágicos fusilamientos de la comuna quetzalteca. Y también esa ciudad centenaria fue víctima de la furia de Kabracán, que con sus movimientos telúricos derribó sus más hermosos edificios en el trágico año de 1902, dejando una estela de muerte y desconsuelo. El volcán Santa María siempre será recordado

Copyrighted material

aún existen casas de aquella época.

Parte del frontispicio de la casona que da a la esquina de la 12 calle y 6a. avenida es de construcción antigua. Recientemente se demolió parte de otra vieja construcción que daba a la vecindad del Cine Lux. Luego, hay otra más que da esquina a la 6a. avenida y 11 calle; es esta una construcción de dos pisos o de "altillo" como decían antiguamente; los balcones de dicha construcción aún se pueden apreciar y los adornos del frente. El terremoto del 4 de febrero de 1976 derribó buena parte del edificio en mención. En la esquina de la 10a. calle y 6a. avenida, hay un edificio que es toda una joya del urbanismo antiguo; en este edificio funcionaron las primeras instituciones bancarias en la ciudad de Guatemala. Casi está intacto, únicamente con algunas variantes por los almacenes que en su interior alberga, pero la puerta de la esquina con sus marcos de piedra subsisten y por lo mismo es digna de admirarse dicha edificación. Otro viejo edificio que ya ha sufrido transformaciones es el de dos pisos que está en la 6a. avenida entre 11a. y 10a. calles; actualmente alberga a un cine y una emisora. Funcionó en ese lugar allá a principios de siglo "El Club Guatemala"; los balcones y demás adornos que usaban antiguamente los constructores todavía se pueden apreciar. Luego está el edificio de piedra situado en la 12 calle y 6a. avenida construido en la última década del siglo pasado. De esta esquina nos trasladamos al frente del viejo Parque Concordia, hoy llamado "Enrique Gómez Carrillo", donde encontramos otro edificio más, que actualmente alberga a una pensión y oficinas de tramitadores de tránsito. En la puerta principal o portón funciona un puesto de lustre; esta casona es un ejemplo de lo que fue la construcción antigua y en ella se pueden apreciar amplios corredores y salas de estar. En ella vive el gran maestro y ex-diplomático guatemalteco don Francisco Guerra Morales. Un poco más al sur, llegando a la 18 calle hay otras residencias que muy poco han cambiado. Ah..., se me olvidaba una casa antigua que está contigua a la esquina de la 14 calle y 6a. avenida, haciendo vecindad con el Cine Tikal; a pesar de los cambios que ha tenido es de las pocas residencias que allí quedan y digna será de to-

Copyrighted material

tra querida Capital también tiene su historia a ese respecto. Hoy vamos a profundizar en ese tema tan puesto de moda últimamente; el transporte, esa exigencia que se ha vuelto urgente cuanto más se ha extendido la ciudad. Aquello que principió siendo un lujo, o bien una especie de paseo, ahora es una necesidad que debido a la misma expansión de la Capital ya pide medidas extremas de supervisión y cambios más acordes con la realidad nacional.

Diríamos que el primer transportista en la nueva ciudad fue el Sr. Aycinena, que colaborando con el gobierno español volcó todos sus carretones para transportar bienes de Antigua hacia la nueva Capital. Posteriormente Aycinena realizaba viajes desde Guatemala a Veracruz, México, llevando y trayendo mercadería procedente de la Madre Patria España, que llegaba por barco a las costas de Hispanoamérica. El transporte o medio de locomoción que se imponía era, naturalmente, el carruaje o carreta tirado por bestias. Esta forma de transportación se extendió hasta principios del presente siglo cuando llegaron los primeros automóviles, aunque anteriormente ya habían llegado las famosas bicicletas que causaron furor entre los jóvenes chapines.

Ahora bien, hay indicios de que el primer automóvil llegó a Guatemala en el año de 1899; era movido por un motor de bencina de ocho caballos de fuerza, desarrollando una velocidad máxima de treinta kilómetros por hora. El precio de uno de estos autos variaba entre los tres mil quinientos a cuatro mil pesos moneda antigua. Después llegaron otros autos de fabricación norteamericana, aunque el primero que llegó fue europeo. Hacia 1910 ya se vieron más autos en la Capital guatemalteca y los departamentos. Los primeros pueblos que vieron llegar autos fueron El Quiché y Antigua Guatemala; también Amatitlán. Los hombres que trajeron los primeros automóviles a Guatemala y que también los manejaron fueron don Alfredo Demby Stein, el señor Meyer, y otros que escapan a nuestra memoria.

Antiguamente, las clases pudientes mantenían en sus enormes mansiones la infaltable cochera, o sea donde se guardaba el carruaje tirado por caballos. Pues bien, ya cuando principiaron a llegar los automóviles y se marcaron los cambios lógicos, estas

Copyrighted material

se compara con aquellas moles. La prueba más palpable de su durabilidad y magnífica consistencia es que aún ruedan por los caminos, con más de cuarenta años de haber salido de las fábricas. Durante la década de los años treintas, un buen automóvil costaba en Guatemala la cantidad de Q.2,000.00 (dos mil quetzales), nuevo, sacado de la agencia y en algunas ocasiones un poco menos de la mitad. Hoy un automóvil vale, usado, más de esa cantidad, y nuevo la quintuplica o más en algunos casos, y jamás se puede pensar que un auto tenga más de ocho años de vida por muy buen trato que se le dé.

Pero ya nos salimos del tema y tomamos otro siempre relacionado con los automóviles. La verdad es que el automóvil, que se inició siendo un lujo para determinadas familias, hoy se ha convertido en una necesidad colectiva y forma parte del brazo derecho del hombre moderno que labora dentro de las diferentes ramas para el progreso de nuestro país. Malo o bueno, el automóvil es necesario, como lo es un bus o un camión para el acarreo de materiales. Yo me pregunto: ¿Qué dirían nuestros abuelos al ver la proliferación de vehículos actualmente? Hoy en día hay que saber andar en la calle, porque de lo contrario un error se paga con la vida. Qué lejos quedaron aquellos tiempos cuando a tres cuadras de distancia se escuchaba la bocina ronca de los primeros vehículos que llegaron a Guatemala, mismos que nos dieron tema para escribir estas remembranzas.

Copyrighted material

LA CALLE DONDE TU VIVES

Héctor Gaitán

Rezado de la Virgen de Concepción 8 de diciembre de 1940. Gráfica tomada en la 6a. avenida

Copyrighted material

ANECDOTAS Y CURIOSIDADES DE LA CIUDAD

Realmente son pocos los viejos edificios que van quedando y que conformaron la Guatemala de ayer. Hay uno especial, que se nos iba quedando, pero que al fin le llegó su turno: un edificio que en los tiempos viejos fue conocido como "La Casa del Tranvía". Era precisamente de este edificio donde salían los tranvías que cubrían las diferentes líneas de transporte colectivo de la ciudad de Guatemala. Inicialmente el transporte de tranvías era movido por tracción animal, es decir, a base de troncos de mulas y caballos. Posteriormente y al paso del progreso, llegó la electricidad y el movimiento fue por este medio. En la llamada "Casa del Tranvía" se guardaban los tranvías por las noches después de cumplir sus labores, saliendo al otro día muy de mañana para seguir con su trabajo de transportación pública. Los tranvías eran realmente pequeños y según datos históricos casi nunca iban llenos, como en la actualidad vemos los buses urbanos. El transporte era lento y por lo mismo las distancias más largas. El tranvía comunicaba a la Estación Central de los Ferrocarriles con el Parque Central y el Hipódromo del Norte. En igual forma los ramales del barrio de la Parroquia, la Avenida Central y la "Calle de San José". Estos tranvías caminaban sobre rieles, líneas paralelas que en algunas ocasiones iban situadas muy cerca de la acera y en otras al centro de la calle o avenida por donde pasaba el aparato. Ya cuando el tranvía se movía por electricidad, una de las avenidas por donde pasaba, debido a su inclinación (el de la avenida), el tranvía tomaba cierta velocidad, especialmente en el tramo comprendido de la 15 a la 12 calle de lo que hoy es la zona uno. En ese tramo el tranvía eléctrico iba unido a un cordón que sujetaba una especie de cable; este al rozar el cordón y especialmente en tiempo de lluvias, iba sacando chispas en su parte superior.

Mientras más rápido se corría, más era el número de chispas que brotaban. Este mecanismo que fue notado por los chapines de la época le dio un nombre a la calle mencionada. Por aquel entonces la hoy 9a. avenida se le conoció como "Calle

Copyrighted material

de Chispas". Hubo también otro motivo para bautizar a la 9a. avenida con el sugestivo nombre. Se comentaba que en dicha arteria eran varios los comercios de afiladurías, donde por unos pesos, moneda antigua, le daban filo a cualquier daga o cuchillo, y por lo mismo también se le conoció como "Calle de Chispas". Pero fundamentalmente fue por el tranvía.

"La Casa del Tranvía" estaba situada sobre la legendaria 'Avenida de los Arboles". A pesar del nombre tan conocido, esta calle en algunas ocasiones fue conocida también como "La Calle del Tranvía". Hoy cuando pasamos por el sector, no nos imaginamos el papel que desempeñó ese viejo edificio en tiempos pasados. Movidos por la curiosidad y lo que nuestros mayores nos contaban, llegamos hasta ese histórico edificio y preguntamos por lo que allí pudiera haber. Lamentablemente no hay nada, todo ha desaparecido y únicamente unos rieles oxidados lucen enterrados en el piso de tierra. Un guardián que nos abrió la puerta del edificio, fue el que nos sacó de dudas al indicarnos que él tenía 25 años de laborar en el local, pero desde que había llegado allí lo que pudo haber en su interior había desaparecido. Dijo también el guardián que el terremoto del 4 de febrero de 1976 había destruido más de lo que estaba el viejo edificio. Y efectivamente, lo vimos; ya todo es una ruina completa y únicamente aprovechamos con Víctor García tomar fotos del frente para dejar plasmado un recuerdo gráfico de lo que significó este edificio para muchos guatemaltecos. La construcción de lo que queda del edificio o mejor dicho de su entrada, fue de la conocida construcción nacional denominada de "bajareque", con dos pilastras de ladrillo cocido que hacen la formación de la puerta. En la parte superior, la puerta de hierro remata en una forma de abanico dejando ver tres letras caladas que forman las iniciales "F.C.U.". La puerta a pesar de su consistencia ya tiene sus picaduras en la parte inferior, no así en su estructura restante que se encuentra bien.

Dicha puerta tiene aproximadamente unos 85 años, si partimos de la fecha cuando en ese lugar se principiaron a guardar los primeros tranvías para servicio de transporte. Este enorme portón ha soportado los embates de dos terremotos, siendo éstos

Copyrighted material

LA CALLE DONDE TU VIVES

Héctor Gaitán

Tello, tal era el nombre del anciano, en un descuido de los hijos se salió a la calle y caminando pocas cuadras llegó hasta la "Casa del Tranvía". Al filo de las once de la noche, el anciano fue regresando. A todo esto ya los hijos lo buscaban por todos lados. Cuando lo vieron llegar hubo algunos reclamos, que fueron calmados con la paciencia del buen abuelo. Vio a todos sus hijos y muy sentenciosamente les dijo que únicamente había ido a visitar a un entrañable amigo de antaño que manejaba un tranvía. Todos los hijos se vieron la cara, pero dejaron seguir hablando al anciano, quien culminó diciendo que no quería morir sin despedirse de su amigo y dar una vuelta en tranvía...

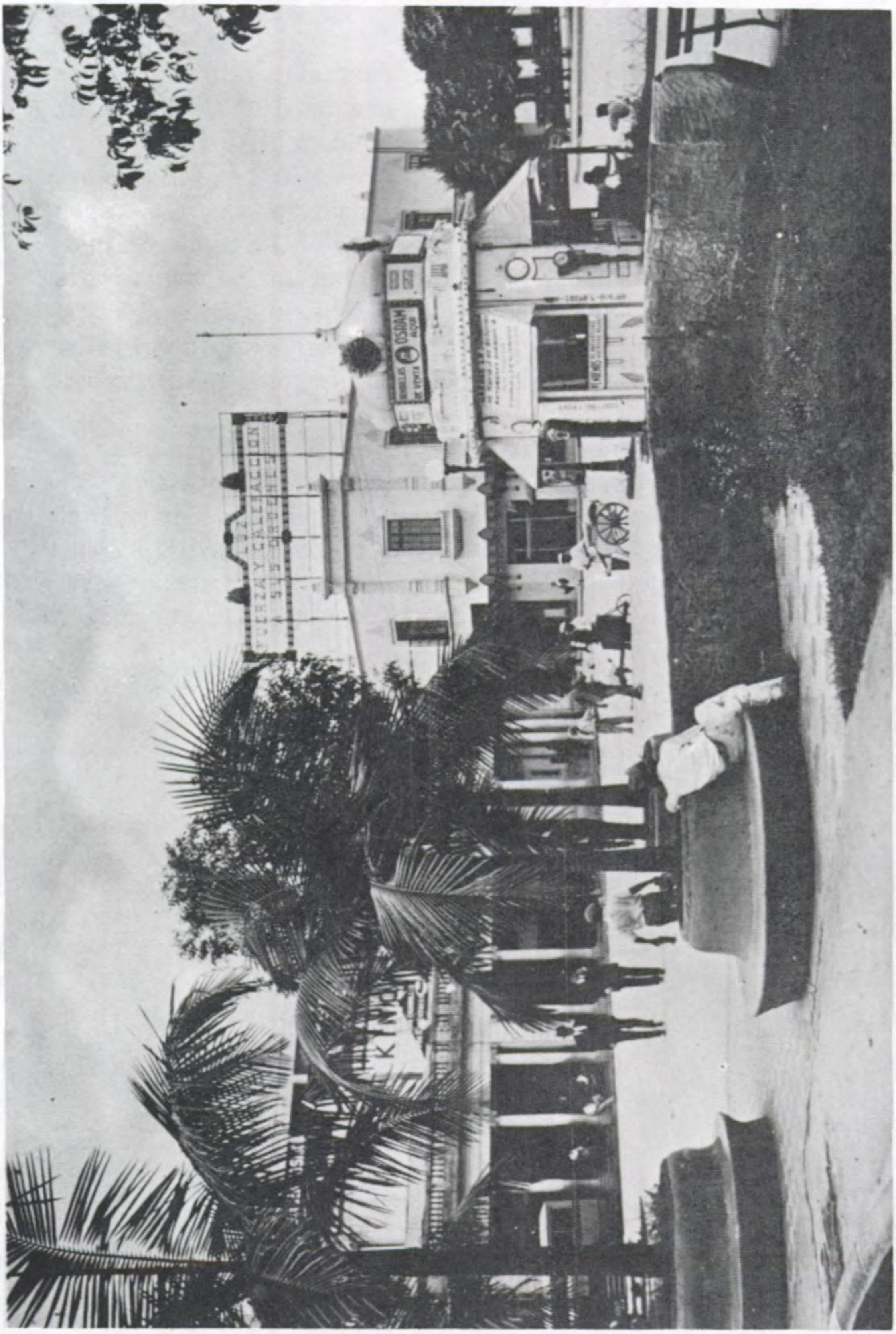
Los muchachos callaron y le dieron la "razón", pero en el fondo sabían positivamente que desde hacía muchos años "La Casa del Tranvía" permanecía cerrada. Y unida a esta leyenda que dicen fue verídica, hay algo más que aseguran las abuelas de la "Avenida de los Arboles": algunas aseguran escuchar en las noches silenciosas el ruido del tranvía y la tradicional campana que anunciaba su presencia.

El predio que ocupó la Casa del Tranvía fue demolido finalmente y hoy en su sitio se construyó una pequeña colonia residencial.

Copyrighted material

LA CALLE DONDE TU VIVES

Héctor Gaitán



Fotografía tomada en el año de 1935. Casi nada ha cambiado en el sector. 8a. calle y 6a.

Copyrighted material

LOS FANTASMAS DE LA REFORMA

La Avenida de la Reforma es por antigua una de las más romáticas arterias de la ciudad de Guatemala. De sus extrañas apariciones que de ella se comentan, se remontan hasta finales del siglo pasado. Fuera de ello, en sus contornos hubo en más de una ocasión duelos donde el honor de un apellido fue lavado con sangre. Dentro de sus leyendas hay varias y hemos escogido esta precisamente que sucedió allá por el año de 1935 en tiempos del general Ubico. Ahora bien, se ha dicho, y con razón, que lo que hoy narraremos no fue precisamente una leyenda sino un hecho de la vida real. Un hecho insólito que fue comentado en su época, un suceso del cual hay aún varios testigos.

Todo comenzó la tarde del 30 de junio de 1935, cuando lució el uniforme de la Policía Nacional, el agente Tránsito Morales Noriega. Como el resto de la policía del tiempo de don Jorge, este hombre era disciplinado y lo que era mejor, deseaba cumplir con su deber. Tancho -como le decían sus compañeros- llegó al barrio donde vivía uniformado por primera vez y todos lo saludaron desde lejos con el respeto debido, dado el puesto que ocupaba. Por aquel tiempo el policía era respetado en todo el sentido de la palabra. Tránsito salió más corriendo que andando de su casa porque según la disciplina del cuartel tenía que estar media hora antes de pasar lista. Algunos vecinos abrieron poco a poco sus ventanas y puertas para ver pasar a Tancho rumbo al primer cuartel de la Policía. Sin voltear a ver, el joven agente caminaba gallardo por la acera mostrando sus polainas bien lustradas que contrastaban con los botones dorados de su uniforme, su pistola y el batón negro a la diestra, señal inequívoca de respeto en aquellos dorados tiempos.

En la orden le tocó el trayecto de la Avenida de la Reforma, por ese tiempo uno de los más tranquilos como solitarios cantones de la ciudad. Alternando con sus compañeros de trabajo, al llegar a cada esquina, contando de dos en dos cuadras, sonaba el gorgorito, indicando con ello a los vecinos que la presencia de la policía estaba en el barrio. Sólo unos pocos perros

Copyrighted material

el silencio preguntando:

—Señor, ¿qué hace a estas horas por aquí?

—Voy para el centro -contestó el anciano con voz pausada y sin señales de pena por la presencia del policía.

—Si me permite lo acompaño; posiblemente encontremos a otro agente más adelante y él continúa acompañándolo hasta llegar a su casa.

—Gracias, joven, no podía esperar menos de un hombre que como usted cumple con su deber y distingue el uniforme de la Policía Nacional.

Tránsito principió a caminar adelante y el anciano atrás siguiéndole en su caminata rumbo al centro de la ciudad. El único comentario que hubo entre el agente de la autoridad y el anciano fue lo pertinaz de la lluvia, que desde temprana hora caía sobre la ciudad. Después siguieron caminando sin más comentario. Sólo el ruido del choque de los zapatos en las pozas de agua se escuchaba, la lluvia que no cesaba y los truenos que iluminaban el espacio en las montañas del sur. Tránsito esperaba llegar a la esquina de la Calle Mariscal Cruz, para que otro agente continuara con el acompañamiento del anciano hasta el centro. De ese punto, Tránsito regresaría a su puesto a continuar su ronda.

Ya cuando faltaban pocos metros para llegar a donde se encontraba el agente de la autoridad que hacía ronda en la esquina de la Avenida de la Reforma y Calle Mariscal Cruz, Tránsito lanzó un silbatazo como dándose a conocer con el compañero. Este contestó el gorgoritazo y camino al encuentro de la supuesta pareja. En ese preciso instante, Tránsito volvió a ver y el anciano había desaparecido; por más explicaciones que dio a su compañero que le miraba ignorando lo que sucedía, todo fue quedando en el más completo misterio. Por un momento quedaron como dos mudos sin saber qué comentario hacer.

Cuando pasaron algunos minutos, el primero en hablar fue el compañero de Tránsito,quien aseguró que él venía solitario a lo largo de la Avenida de la Reforma. Por el contrario, Tránsito manifestaba que el anciano le acompañaba. En esa discusión estaban cuando llegó el inspector a pedir el parte al compañero

Copyrighted material

de Tránsito; este al ver que dos policías discutían sobre el extraño asunto del anciano, los calmó y les dijo que lo mejor sería que Tancho regresara a su ronda habitual y que su compañero se quedara en su sector.

El inspector sabiamente calló el hecho, sabía que de contarlo quién sabe si Tránsito hubiera regresado al lugar. Todo se supo más tarde cuando el inspector narró un hecho pormenorizado de lo que a él personalmente le había sucedido en la Avenida de la Reforma, dos años atrás. El hombre lo recordaba palpablemente. Dirigiéndose a un grupo de agentes de la Policía que lo escuchaban, dijo:

—Hay cosas, muchachos, que no se creen, pero que al suceder salen del anonimato. Cuando discutían los agentes Tránsito Morales Noriega y Juan Vicente Galíndez, yo me quedé callado en forma deliberada y no es hasta hoy cuando comento los hechos, diríamos sobrenaturales que no sólo a estos agentes del orden les ha sucedido. En cierta oportunidad cuando yo conducía una ambulancia de la Policía Nacional y regresaba al cuartel después de una gestión, caminaba a lo largo de la Avenida de la Reforma cuando al llegar a la esquina de la 15 calle más o menos, vi que un anciano gordito y bajito me hacía señas con el afán de que parara. Al ver la insistencia paré y el hombre me dijo que por favor lo llevara al centro de la ciudad porque tenía prisa de llegar. Le dije que pasara adelante y él me dijo que iría en la parte trasera de la ambulancia, montó y rápidamente emprendí el viaje. Al llegar a la 18 calle paré para indicarle que solo allí le podía dejar. Mi susto fue grande al ver que nadie había en el interior. Por momentos pensé que lo había dejado tirado en algún lugar, pero un amigo agente al que le conté el hecho me dijo que no sufriera por lo sucedido. "Es don Lorenzo Montúfar", me dijo, "que siempre sale por esos lugares y dicen que hasta lo han visto bajar de su pedestal en horas de la madrugada".

Copyrighted material

EL TAL "MACHAQUITO"

La figura del famoso como legendario Tío Carlos vive, perdura, y aunque él físicamente haya desaparecido, su forma de hablar y sus vivencias han quedado con nosotros. Hoy precisamente cuando miraba un programa taurino que me mostraba un amigo, le recordé tal y como era, especialmente cuando evocaba los tiempos de su juventud, allá por el barrio de la Estación, que fue tan taurino en sus buenos tiempos. Al ver los colores en el programa y la figura del diestro lidiando a la res, vi al Tío Carlos cuando me contaba aspectos de la vieja plaza de toros de la estación. Me pareció verlo ahí sentado con su cigarrillo en la boca comentando los aspectos antañones, que hoy paso a ustedes sin quitarle ni ponerle:

"...Miren, muchá, eso es lo que a mí no me gusta, que la gente sea tan dialtiro igualada. Pero qué le vamos a hacer, el guatemalteco siempre ha sido así; imita todo lo que viene y no le importa si le va o no le va. Creo que cuando empezó eso de las imitaciones fue allá por principios de siglo cuando llegó a Guatemala un torero español llamado don Luis Mazanttini. Era éste un hombrón de muy buen porte y muy valiente para lidiar toros. Según los comentarios allá en la Madre Patria había tenido su época y cuando vino a Guatemala ya le había pasado el rato, pero de todos modos el "hombre" se las tenía todas consigo y su llegada a la Capital causó un gran revuelo. Por aquel tiempo los muchachos, especialmente los chancles, principiaron a vestirse igual que el torero, le imitaban hasta en los más pequeños detalles y lo peor del caso es que a muchos no les iba el traje que usaban. De lo que les cuento fue allá por los años de 1905 a 1906, pero después de todo fue un tiempo florido y alegre cuando a la capital llegaron los toros de las más famosas ganaderías de España y México, sin faltar claro está las del Naranjo. Estos toros del Naranjo era bravos, y si mal no recuerdo los padres de dichos toros tenía sangre española, o sea que eran de pura casta. ¡Ah..., qué tiempos más alegres! Me parece escuchar aún la banda marcial tocando los más hermosos pasos dobles a lo largo de la nove-

Copyrighted material

patojos del barrio entraban a la plaza vendiendo golosinas y otros usando la inteligencia para colarse. Yo por mi parte llegaba con mucha anticipación al hotel donde se hospedaba el famoso "Machaquito", lustraba sus zapatillas, le preparaba el traje de luces y esto bastaba para que el "hombre" me tomara en cuenta, me diera un mi billete moneda antigua y entrara con él a la plaza de toros el domingo de corrida. Los patojos que eran tan fregados y tal vez por el modo con que me trataba el matador, me decían 'El hijo de Machaquito". En ese tiempo contaría yo con unos mis doce años más o menos, y de lo que sí puedo dar fe es que en mi casa, donde vivíamos acompañados de mi madre, nunca faltó el pan durante la estancia del matador en Guatemala; él siempre me dio a ganar dinero y era muy abierto y derrochador con la gente pobre.

Pero lo más alegre y que difícilmente se me puede olvidar, son las celebraciones del carnaval de aquel tiempo. Ah..., qué celebraciones. Me parece ver la novena avenida con su algarabía y sus crespones de colores esperando el paso de los toreros rumbo a la plaza de toros. El viaje se hacía al estilo español, en carruaje descubierto. En el primer carruaje iban los matadores y en el segundo las cuadrillas, junto con los picadores que eran fácilmente reconocibles por el sombrero estilo castoreño que usaban. Estas cuadrillas de toreros eran integradas en su totalidad por españoles, muchos de los cuales se quedaron en Guatemala para eterna memoria. Fue, pues, la novena avenida una de las arterias más alegres en los carnavales de antaño. Recuerdo que desde las casas de altos las señoritas lanzaban confeti a los matadores y una banda iba atrás ejecutando los más alegres "pasos dobles"; esta manifestación servía a los patojos para armar alboroto y acompañar al grupo que bajaba hasta la plaza de toros. Cuando se llegaba al viejo edificio, ya la gente formaba largas colas para entrar a ver la corrida y el sol ardiente de Guatemala marcaba en la arena el sol y la sombra a medio ruedo. Nuevamente la banda ejecutaba otras marchas del repertorio antes de que comenzara el espectáculo; todo era algarabía y gritos de emoción en los tendidos de la plaza.

Pero todo va pasando en esta vida; llegó el año trágico de

Copyrighted material

los terremotos de 1917-1918 y la plaza colonial que había sido construida por los españoles en 1817 fue destruida en su totalidad cuando le metieron dinamita a los restos de la plaza, porque era de piedra pura. Yo solté más de una lágrima. Después en ese mismo predio construyeron la actual plazuela Barrios. Al tal 'Machaquito" jamás lo volví a ver. Otros viejos toreros españoles se quedaron en Guatemala y murieron años más tarde aquí, dejando nietos e hijos. Yo también con el tiempo me fui haciendo viejo y hoy cuento estos recuerdos a ustedes que son patojos y que poco conocen del pasado de la ciudad de Guatemala..."

El tío Carlos se quedó viendo el cuadro de toros a todo color que yo había colocado en la mesa de noche; se quitó los lentes opacos y los limpió con su pañuelo, aspecto que no fue más que un ardid porque yo le vi correr una lágrima por sus rugosas mejillas; posteriormente dio un chupón a su cigarro y salió al patio disimulando su flaqueza. Y así como el "Machaquito" y los otros toreros españoles que un día de carnaval llegaron a Guatemala, también el Tío Carlos murió. Hoy revivo estos recuerdos contándolos como él me los narró.

Copyrighted material

LA CALLE DONDE TU VIVES

Héctor Gaitán

Una postal turística, de la época cuando "Machaquito" vino a torear a Guatemala. Año de 1909

Copyrighted material

LA GUATEMALA QUE NO CONOCIMOS

Por intermedio de mi hermano José Luis, me fue enviado un lindo álbum de fotos antiguas coleccionadas por el fino amigo contador don Emilio Quezada Quiñónes. El trabajo es digno de mostrarse en público y lo hacemos con mucho gusto. Hojeando el precioso álbum, alguien me dijo que esa era precisamente "La Guatemala que no conocimos", y por ello he titulado así este artículo. Y efectivamente, esa es la capital chapina que no conocimos y que los abuelos añoran con toda justicia. Una capital libre del gas venenoso (humo negro), de las carreras y de la violencia. Ver estas fotos es recordar una época mejor, menos apurada y más tranquila. Esta es la Guatemala que los jóvenes no han conocido y que hoy gracias a la fotografía la apreciamos en toda su magnitud. Veremos en esta primera entrega, aspectos diversos del Parque Central, llamado antiguamente "Plaza de Armas" y los edificios que en él han existido.

¿Quién de los abuelos no recuerda el viejo Palacio de Cartón? Aquel bonito edificio construido durante los festejos del centenario de la Independencia de Centroamérica, pero que lamentablemente se incendió debido a un corto circuito y a su débil construcción, que más parecía una tramoya de teatro. Y así como ese edificio ya olvidado y sólo enmarcado en las viejas postales, existió el Palacio Chino, obsequio de la colonia china para los festejos del centenario. Dicho edificio estaba situado donde hoy está el Palacio Nacional. Con el tiempo el Palacio Chino se convirtió en el hoy legendario Teatro Rialto, frente a donde se estacionaban los mejores carruajes de la época, que por unos reales y una buena propina hacían viajes cubriendo "grandes distancias", como por ejemplo: del Parque a la Aurora, "Guarda Viejo" y "Guarda del Golfo". Allí nuestros abuelos tomaban el carruaje y muy elegantes salían a "cantinear" como se acostumbraba antiguamente, con cartitas perfumadas o bien con serenatas muy chapinas usando la ya desaparecida música de carreta. Aquella Guatemala de ayer ya se fue para siempre, hoy nos la ofrece en gráficas el amigo Emilio Quezada Quiño-

Copyrighted material

nes; gráficas que son todo un documento histórico para que las nuevas generaciones conozcan nuestro pasado grandioso.

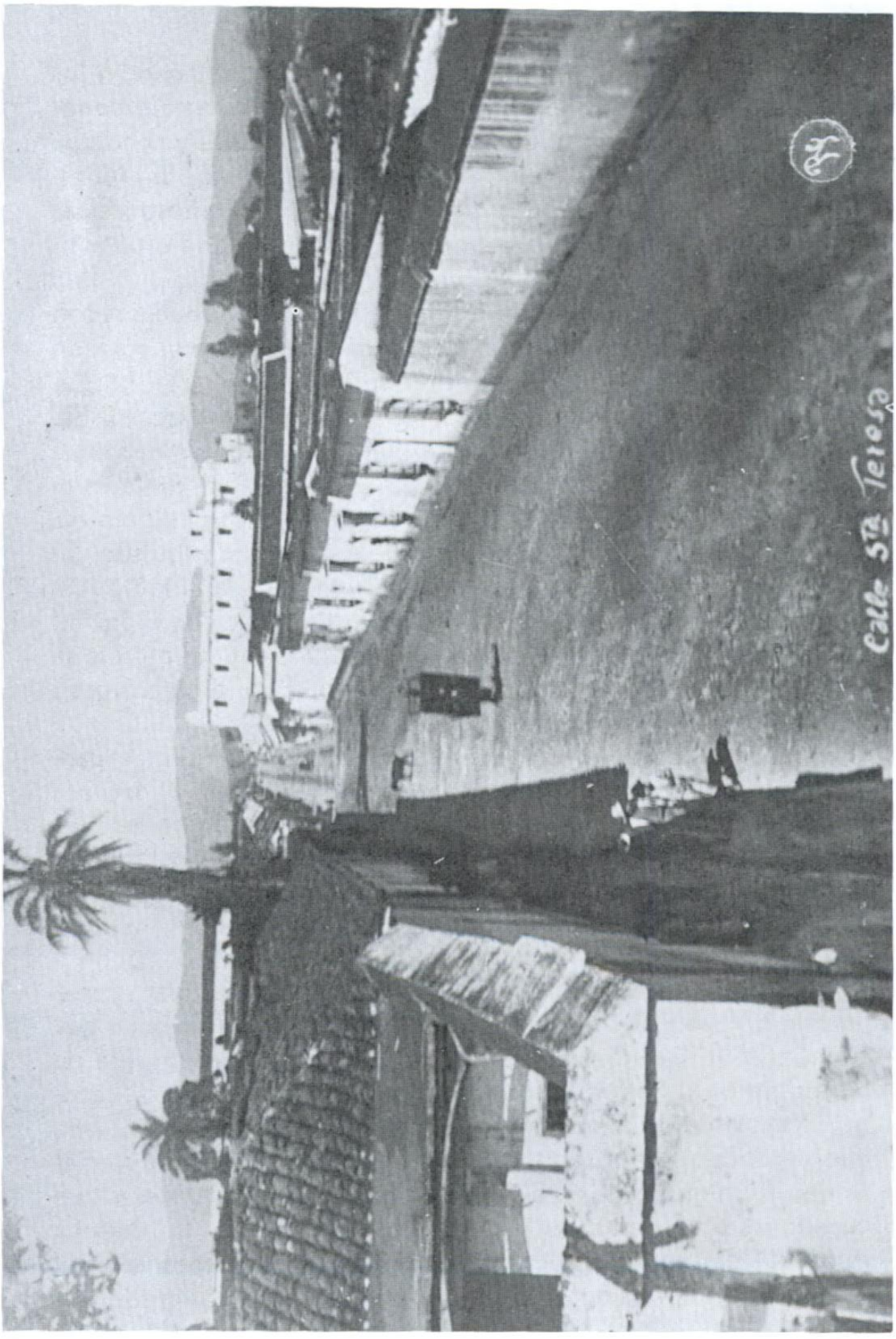
Otro viejo edificio que aún reta al tiempo y que sigue muy coqueto con la moda al día es el Portal del Comercio. En la gráfica que hoy ofrecemos nos muestra su postura de principios de siglo. No se sabe si fue Angel Muttini el que hizo famoso el Portal del Comercio. o si fue el Portal el que hizo famoso a don Angel, cuando exhibió las primeras prendas íntimas para damas en su enorme vitrina del referido almacén que llevaba su nombre. Cuentan las abuelas que algunos padres de familia, muy drásticos en aquella época, prohibieron a sus hijas pasar frente al almacén de don Angel, debido a las prendas que "impúdicamente" allí se exhibían. No cabe duda que el escándalo fue beneficioso para el comerciante que a la postre ganó mucha clientela. Si hoy las abuelas vieran las carteleras de cine con tanta cinta pornográfica que se anuncia sin ninguna restricción, creo que caerían muertos nuevamente. Pero así es, los tiempos cambian. Muttini fue el que revolucionó el comercio en Guatemala, porque si bien existían almacenes, estos no tenían vitrinas abiertas al público y sólo en su interior se compraban telas y demás artículos para el uso diario. Don Angel abrió la primera vitrina y "escandalizó" con sus productos a la vista del público.

Hay mucho que hablar sobre el Portal del Comercio; tanto, que un libro es poco para hacerlo. Los personajes que por allí han desfilado merecen mención aparte y cada uno de ellos tiene una leyenda o una historia interesante que comentar, que dejar para la posteridad. Creemos que el Portal del Comercio bien merece una parodia de los Chocanitos, o quien sabe si éstos la hicieron y el poema se perdió en el tiempo y la distancia. El Portal del Comercio sigue allí como en sus mejores tiempos, con el bullicio de sus mercaderes, alguna que otra tapota de los lanas que nunca faltan y, por qué negarlo, también el piropo clásico de los chapines enamorando a las guapas mujeres que por ese sitio pasan mostrando sus "cualidades". El Portal del Comercio es un pedazo del corazón de la Capital chapina. Si alguien llega a Guatemala y no pasó o no conoció el Portal del Comercio creemos que no conoció Guatemala. El dueño de estas fotos

Copyrighted material

LA CALLE DONDE TU VIVES

Héctor Gaitán



Antigua "Calle de Santa Teresa", hoy 4a. calle de la zona 1. La foto fue tomada desde la 12 avenida, año de 1905.

Copyrighted material

que hoy presentamos a ustedes, en cierta ocasión estando en los Estados Unidos alguien le dijo que Guatemala era un país menos que salvaje, y es más, aseguró que vivíamos en cuevas y con taparrabos. Don Emilio se indignó y mostrando las fotos dio un tapaboca a quien así analizaba a nuestra Guatemala; mostró estas fotos bellísimas que nos hablan de la gran trayectoria urbanística que ha tenido Guatemala.

Pero dejemos a un lado los malos ratos y continuemos con los gratos momentos de ese ayer que aún palpita en el corazón de los abuelos. Muy cerca del sitio que hoy nos ocupa, "La Plaza de Armas" o Parque Central, sobre la 8a. calle pegado a la 5a. avenida de la hoy zona 1, estaba, o mejor dicho se levantaba majestuoso el Palacio Nacional, construido durante la administración del General José María Reyna Barrios. Dicho edificio era llamado el Palacio de Mármol. Era de una belleza exquisita, lamentablemente destruido por los terremotos de 1917-1918. Conforme el tiempo ha pasado el aspecto urbanístico de la ciudad ha ido cambiando poco a poco. Hoy en lugar del viejo palacio se levanta majestuoso el edificio de la Biblioteca y el Archivo de Centroamérica.

Lejos han quedado los tiempos de los conciertos en el centro de la ciudad, en ese punto denominado por los abuelos Plaza de Armas. Se fueron para siempre los portales que circundaban la Plaza Mayor y únicamente reta al tiempo el Portal del Comercio, del cual ya hemos hablado un poco al respecto. Y desde hace 44 años el nuevo Palacio Nacional, testigo mudo de muchos episodios políticos, cumple la misión para la cual lo mandó a construir el general don Jorge Ubico durante su mandato presidencial. Y con el Palacio, contrasta la edificación colonial que constituye la Catedral Cardenalicia, el colegio de San José de los Infantes, el Palacio Arzobispal, sin faltar la famosa "Chepona" que desde el campanario del lado izquierdo "vigila" el área más céntrica de la ciudad y la más antigua. La Plaza de Armas actual es un grupo de cosas queridas por los chapines, cosas que cuando estamos lejos las recordamos con cariño: La Concha Acústica, el inolvidable "peladero" del Parque Centenario, el Portal del Comercio con sus ventas ambulantes de chuchitos, elo-

Copyrighted material

tes cocidos, rellenitos y tantas chucherías a las cuales somos adictos los chapines. Cuantas veces en el extranjero, lejos del solar patrio, no recordamos las tardes de patinaje en el Parque Central, y allá lejos de la patria querida añoramos un pan con frijolitos o unas tostadas con guacamol. Todos esos recuerdos nos llevaban de la mano a ese sitio que hoy evocamos con cariño y que tiene una historia para cada guatemalteco. El Parque Central siempre es recordado por sus luchas cívicas, por sus manifestaciones populares, por sus Huelgas de Dolores eternamente alegres y vigorosamente universitarias. Por sus desfiles de septiembre y por tantos aspectos dignos de recordarse en esta oportunidad.

Continuamos hojeando el álbum del fino amigo don Emilio Quezada Quiñones, para apreciar cuanto de belleza hay en él y para analizar el cambio radical urbanístico que ha tenido la Capital de Guatemala en los últimos 70 años. Poco o nada queda de todo aquello, debido a los cambios registrados, o bien por los terremotos que han azotado a la Capital chapina. Iniciemos nuestro recorrido por lo que fue el Parque Concordia y que hoy se llama "Enrique Gómez Carrillo", en honor a uno de los más grandes escritores que ha dado Guatemala. Esta plaza ha tenido varios nombres desde su fundación, a saber: Plaza de las Victorias, Plaza de San Francisco, Plaza de la Concordia y actualmente, como ya lo dijimos, Parque Enrique Gómez Carrillo.

De aquel viejo rincón de la Capital de Guatemala aún queda el recuerdo de su kiosko, donde la banda marcial de aquella época ofrecía sus conciertos a un público educado que aplaudía la buena música. Este jardín, llamdo así con entera justicia, era una área verde a donde acudían las niñeras a pasear a los patojos de "buena cuna". El desfile de carruajitos los días entre semana era numeroso allá por los principios de siglo. La gráfica que encontramos en el álbum de don Emilio es elocuente y se puede apreciar el movimiento de niñeras que señalamos. Estas postales que se vendían al público en ese tiempo, eran tomadas por el fotógrafo Valdeavellano. Originalmente el actual parque Gómez Carrillo fue el cementerio de los franciscanos, precisamente cuando estos religiosos construyeron su convento a inmediaciones

Copyrighted material

del lugar aproximadamente en 1790, después de la traslación de la ciudad de Guatemala al actual Valle de la Ermita. El Parque Concordia o Plaza de las Victorias, era un sitio apacible a donde concurría lo más granado de la sociedad a comentar los sucesos del día, o bien a leer los periódicos de la época. Dignos de recordarse son los carnavales que allí se celebraron y que se extendieron hasta la década de los años "treintas", cuando se celebraron con júbilo los últimos carnavales. En la actualidad el carnaval es una festividad que poco se celebra en Guatemala, debido a la degeneración que tuvo dicha fiesta por culpa de algunos patanes que lamentablemente nunca faltan. Los carnavales de antaño dieron colorido con sus disfraces y serpentinas a la antigua Plaza de la Concordia; serpentinas y cascarones que hoy no son más que historia pura en el recuerdo de los que vivieron esa época.

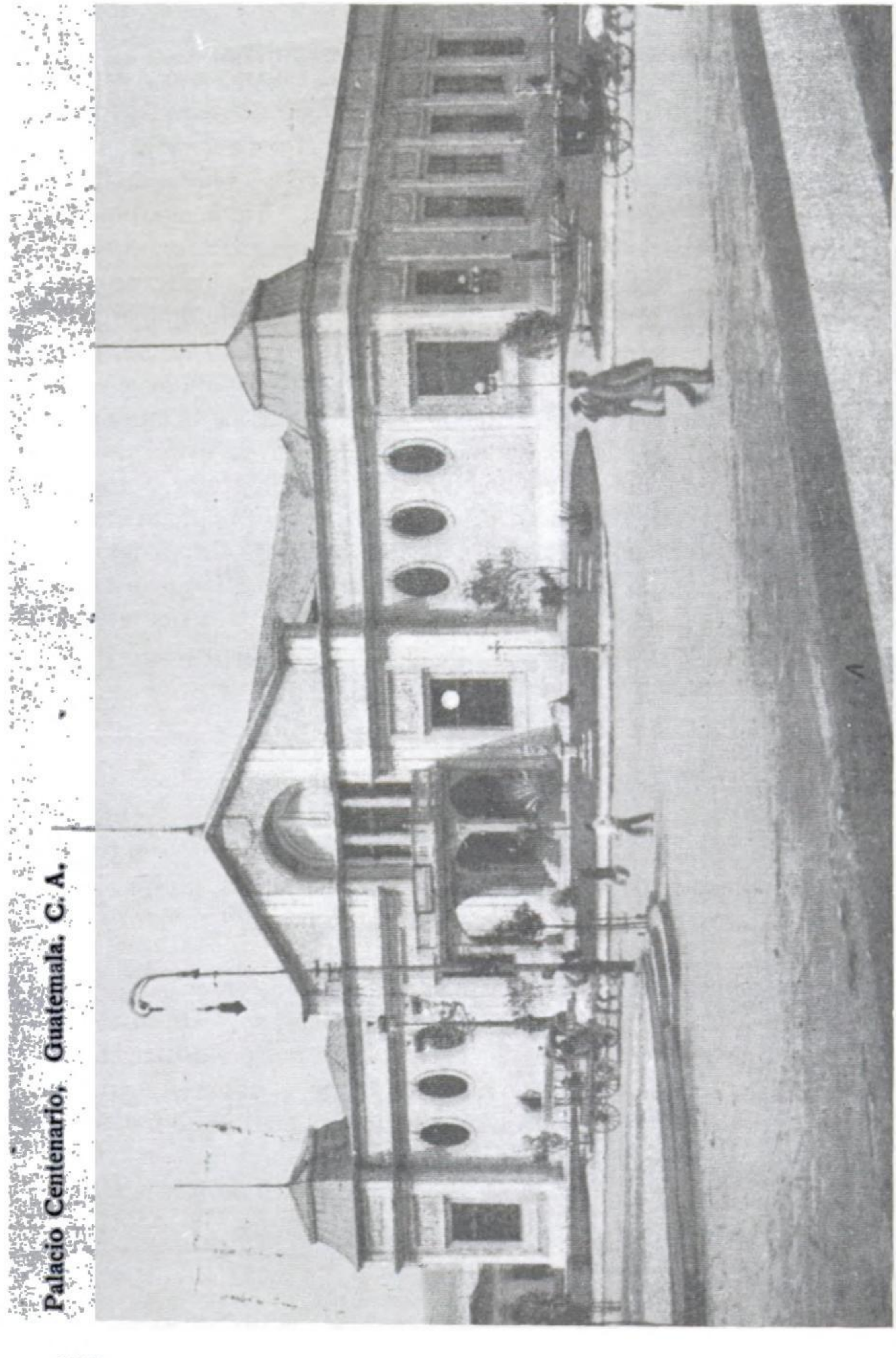
Hoy todos conocemos el Parque Morazán, en el sector norte de la ciudad a la altura de la zona número 2. Ese parque originalmente se conoció como "Parque Estrada Cabrera", en honor al presidente Estrada Cabrera (1898-1920). Fue otro de los sitios viejos y románticos donde se jugó el carnaval; era el punto de partida hacia el norte donde se apostaron las mejores carreras de caballos en el Hipódromo que desapareció por completo. El viejo parque aún ostentaba su baranda y entrada principal, con una pequeña reja y el rótulo que en la parte superior decía: "Parque Estrada Cabrera, 1908". Al fondo la vieja ceiba que sembraron los conquistadores y que fue derribada hace pocos años. Muy cerca de allí, años más tarde, estuvo el monumento a Cristóbal Colón, que fue llevado a ese sitio precisamente procedente del Parque Central o "Plaza de Armas". En los alrededores de ese parque que hoy ocupa nuestra atención, en sus mocedades el general don Jorge Ubico, quien fuera Presidente de Guatemala, ganó algunas competencias ciclísticas pedaleando contra famosos corredores europeos que visitaron Guatemala durante la última década del siglo pasado.

Ahora estamos en un extremo de lo que fue "La Calle de Mercaderes" (actualmente 8a. calle de la zona 1). La gráfica que ven está tomada de oriente a poniente sobre la 8a. calle dentro

Copyrighted material

LA CALLE DONDE TU VIVES

Héctor Gaitán



Palacio del Centenario, también llamado por nuestro pueblo, Palacio de Cartón. Desa

Palacio Centenario, Guatemala, C. A.

CARTAS DE MIS AMIGOS

El programa radial "La calle donde tú vives" siempre ha tenido sus colaboradores, y desde aquel año 1972 hemos archivado algunas misivas que hoy publicamos. Al leerlas nuevamente hemos evocado a grandes amigos y colaboradores que ya han fallecido, como en el caso del profesor don Antonio O. García A. (Ery); de don Fabricio López Paz y del ex-presidente de Guatemala general e ingeniero don Miguel Idigoras Fuentes, que en más de una oportunidad nos escribió sus experiencias. Nuestro recuerdo para ellos y el mejor homenaje póstumo en esta ocasión, es publicar esas cartas que ya son historia. Felizmente otros grandes amigos como el periodista don Rubén Ramírez Corzo y la señora doña Carlota Flores de González, aún tenemos la dicha de tenerlos sobre la faz de la tierra. Evoquemos con nostalgia y alegría lo que un día ellos nos escribieron para el programa radial que aún sigue vigente.

Copyrighted material

La Rosa Negra o la Dama Enlutada

Señor Héctor Gaitán
La calle donde tú vives
Ciudad.

Estimado amigo:

Con el mayor de los gustos le estoy enviando para solaz de sus innúmeros oyentes y prontamente lectores del segundo tomo de su ameno libro **La calle donde tú vives,** esta leyenda que reconstruí y que escribiera hace muchos años el gran y ya desaparecido escritor y magnífico cuentista Valentín Dávila Barrios, en la que él mismo aparece como protagonista. Ojalá guste.

******

El sol resplandeciente de un 12 de agosto de 1929 anunciaba la Feria de Agosto que anualmente se llevaba a cabo desde el Parque Morazán hasta el Hipódromo del Norte.

Chicos, grandes y ancianos se alistaban para estrenar esos días. Feria llena de tradiciones que van muriendo y de leyendas casi olvidadas.

El peregrinaje de miles de curiosos hacia la feria era algo asombroso. Las zarabandas y los salones de condición social, constituían a la vez un sello de alegría. Chinamas por todos lados ofrecían a los visitantes sus más sabrosas viandas, desde los bien condimentados chiles rellenos, hasta el picado de rábano con buche, sin faltar el chapinísimo pepián y el famoso revolcado de cabeza de coche, que no a pocos dejara con fuertes retortijones.

Pues bien. Valentín, amigo íntimo con quien siempre nos unieron los más fuertes lazos de amistad desde nuestra ya ida juventud, no faltaba a esas festividades en busca de alguna que otra aventura de amor, como el amor que quiso conquistar en esta última fecha que le tocó vivir. Se acicaló convenientemente,

Copyrighted material

ya que siempre vestía impecable. Luego de persignarse por aquello de las malas tentaciones, marchó rumbo al Hipódromo, y tras de visitar algunos juegos de azar propios de la época, tales como ruletas, polacas, chingolingo, etc., detuvo sus pasos frente a una zarabanda en donde la gente sencilla y sirvientas de casas grandes con sus faldas de mengala hasta los tobillos, luciendo en la cabeza tocados de vistosos colores, bailaban al ritmo de una melodía de moda, o al compás de un son chapín.

Momentos después, Valentín se dirigió directamente al salón denominado "Las Delicias de la Feria", donde se daba cita la alta sociedad guatemalteca, acompañado únicamente de sus pensamientos, dispuesto a darle rienda suelta a su inquieto corazón.

El protagonista de esta fúnebre historia, se hizo paso entre la muchedumbre de curiosos que abarrotaban la entrada principal de aquel salón. Dirigió la vista hacia todos los ángulos y por último se apostó en un lugar estratégico, desde donde ordenó le sirvieran una copa de cogñac.

De pronto sus ojos se posaron en una mesita situada en un rincón, donde lucía su silueta una dama elegantemente vestida de negro, pendiendo de su precioso abrigo de terciopelo una hermosa y olorosa rosa negra.

Valentín ni lerdo ni perezoso se dirigió a la bella dama, y al presentársele como su admirador, la invitó a tomar algún licor que fuera de su predilección, y pronto entregarse a la danza.

La dama enlutada, que desde un principio se mostraba poco comunicativa, aceptó gustosamente la primera, la segunda y la tercera copa. Pero Valentín se extrañaba que, no bien él se había llevado la copa a los labios, cuando la de la dama quedaba totalmente vacía. Mas, no dándole mayor importancia a lo que le pareció algo común, la invitó a bailar.

—¿Qué melodía gusta usted que bailemos?— dijo Valentín a su inesperada compañera.

—Un vals romántico- respondió la encantadora mujer, de cuyo cuerpo manaba un olor agradable producido por la rara rosa que lucía en su aterciopelado abrigo.

Pero, al dar la primera vuelta al salón al compás de tan bella melodía, como lo es La Flor del Café, Valentín sintió como que

Copyrighted material

INDICE

Las mañas de la Nía Justina 1
La leyenda del niño Chon 2
Las luces misteriosas del Cerrito del Carmen 3
El extraño caso de Serafín Santiago 4
Una charla para el recuerdo 5
Don Julián 6
La venganza de la Tomasa 7
Viernes 20 de Octubre 8
El tesoro de don Chema 9
El encanto del Amate 10
Aquel dos de noviembre 11
Otro día de trabajo 12
El circo del barrio 13
Los espantos de la cuesta del León 14
Calles y edificios de 1900 15
La Calle del Cementerio 16
La Feria de Noviembre 17
Remembranzas de Quetzaltenango 18
Anecdotario de la Sexta Avenida 19
Anécdotas y curiosidades de la ciudad 20
Los fantasmas de La Reforma 21
El tal Machaquito 22
La Guatemala que no conocimos 23
Cartas de mis amigos 24

Copyrighted material

Guatemala de la Asunción 1989

Amigos:

Una vez más, les invito, para hacer un recorrido por esa querida Guatemala del ayer que tanto recordamos.
Veámosla en este libro, con sus personajes, monumentos, calles viejas y leyendas que tanto disfrutamos.

Gracias por todo

ISBN 84-89452-19-9

9 788489 452190

Atto:

Héctor Gaitán Alfaro.

Copyrighted material